

Escribir en El duende

...Y he aquí que El Duende ha llegado ya a su edición número 300. Once años de acompañar a las ediciones dominicales de La Patria, catorcenalemente, para ser exactos y -hay que decirlo- con mayor o menor fortuna, para ser ecuanímenes.

Fue una noche de septiembre de 1993 (probablemente la del viernes 10), cuando el suplemento, que a la sazón estuvo bautizado como El Faro, tuvo su presentación oficial en el último piso de un edificio de lujosos salones y desnudas escaleras de cemento. En aquella, me atrevo a decir, multitudinaria reunión, a diestra y siniestra se repartieron ejemplares del primer número ya impreso que circularía ese domingo 12.

Aún conservo ese ejemplar que consigna una fotografía de la poeta orureña Milena Estrada y un dibujo del pintor Jaime Calizaya en la portada.

Intuyendo que primeros números hacen historia o, al menos, aumentan su valor monetario o nostálgico cuando nos vayamos poniendo viejos, me aboqué a la ingenua e incómoda tarea de cuidar mi ejemplar en medio de la babélica reunión y, buenamente pude, entre reflejos y esquivadas, mantenerlo a salvo de las salpicaduras de los canapés o las ya verdaderas vertientes de whisky que a (in) determinada hora comenzaron a caer sobre nuestros desprotegidos cuerpos. Salí airoso, con las cuatro páginas (así de modestos fueron los comienzos), intactas. Mas, tras un periplo por las frías calles orureñas, lo siguiente que recuerdo es estar sentado en el escaño de un pequeño parque frente a la casa de Edwin Guzmán, esperando a que éste salga para, me imagino, trazar un plan de jugera para ese día o llevar adelante uno previo. En ese momento, con el poeta Jorge Campero a mi lado, quien 8 años después se ganaría el Primer Premio Nacional de Poesía, vimos amanecer y, casi un par de horas más tarde, vimos a Edwin sacando a su perro, un diminuto ch'api blanco, a hacer pipí.

Hasta ahí, el suplemento muy bien, como dije, intacto. Pero, ahora, por mucho que lo intento no puedo recordar cómo continuó ese día. Qué lugares visitamos, qué cosas hicimos, cuántas copas bebimos, o sea, no recuerdo nada de nada, y el suplemento -lo estoy viendo ahora- está rasgado, pisado, doblado, manchado, rayado y hasta decorado con sendas salpicaduras de coca. En suma, se ha convertido en un verdadero sobreviviente.

Y creo que ese signo marca la permanencia del Duende hasta este día en que tras 300 ediciones y con mucha agua corrida bajo los puentes, nos sigue acompañando, puntual y solidario.

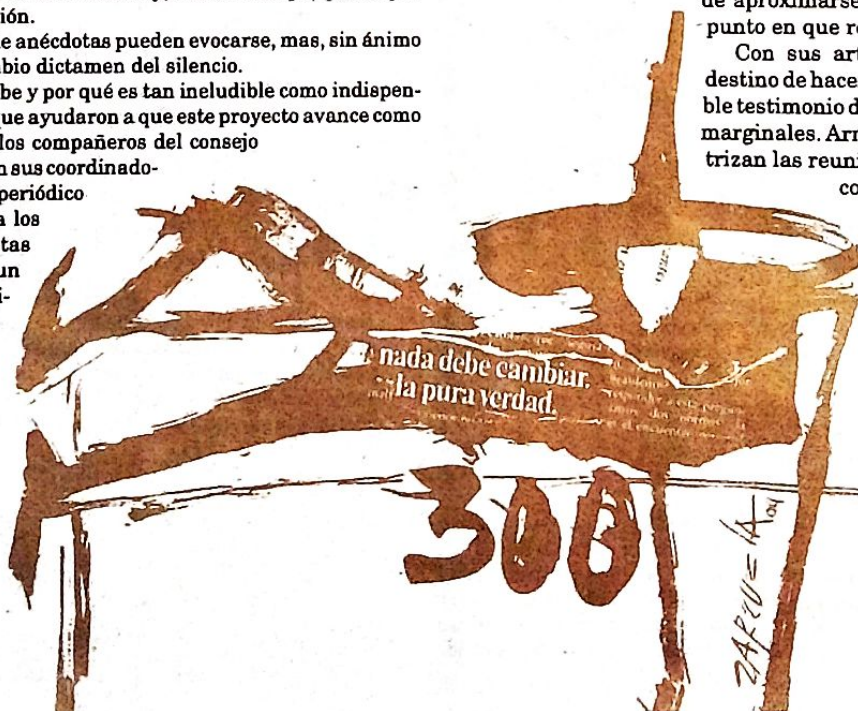
En mi caso, casi inmediatamente, cosa que sin duda agradezco a la generosidad de sus editores, grandes amigos y colegas luego, pude empezar a escribir en y para El Duende y, con el tiempo, participar activamente en su publicación.

A ese respecto, decenas de anécdotas pueden evocarse, mas, sin ánimo protagonístico, acatemos el sabio dictamen del silencio.

Sólo recordar, por qué cabe y por qué es tan ineludible como indispensable, a todas las personas que ayudaron a que este proyecto avance como lo ha hecho. Al director, a los compañeros del consejo editor, a quienes son y fueron sus coordinadores, al personal gráfico del periódico

La Patria y, por supuesto a los muchos escritores y artistas plásticos que mostraron un poco de su obra en estas páginas que, por demás está decirlo, carecerían de todo sentido sin un lector que las atiende.

Benjamín Chávez.



El duende

*"En el bosque, hay un pájaro:
su canto os detiene y os hace sonrojar".
(A. Rimbaud)*

Inefable, huidizo, ordeñando la oscuridad, el Duende, Blandiendo inconsolables metafísicas desde una roca del Khonchupata. Revolvándose sobre la vedette de la razón. Rascándose el pellejo en las honorables construcciones del intelecto cartesiano. Entre la vida y la muerte transitando desmesurado, El Duende.

Cejijunto. Encaramado como un viejo tras los ojos de un niño; más allá del corazón, los calzones y la manida fe. Oteando y silabeando. El duende confabulando contra las fruslerías, violando con la piel el marasmo del día. Acuclillado, para mejor acceder a la religión de los réprobos y enseñársela al revés a los inquilinos de la patria.

El Duende -por todo lo visto y oído- un apóstata del poder embarcándose en el vértigo del amor rabioso, parodia del desdén frente a la nada.

Con una oreja en el averno y otra en la forma, el Duende conforma esa troupe de inspirados que se emperifollan a través de sus obras. Poetas con ojos de lechuza, pintores desdibujando la ausencia de la tierra, titiriteros de sus miedos, saltimbanquis y locos con su palo de apalear a los gazuzos. Trapecistas de la soledad, q'usillos del vértigo, sátiros y danzantes con polleras de aguas temblorosas. Fotógrafos de Dios, nictalógrafos, p'ajpakus de crótalos turbulentos, grafómanos y striptiseras del zodíaco. Histriones, actrices y adoratrices de la penumbra. Mimos del sexo impar, carboneros y chicharroneras, sopladores de vidrio, alcoholátras e ideólogos del delirio. Todos, con su fe inmisericorde, sacudiendo el árbol manchado del usufructo. Cantorcitos de boliche, pianistas de lupanar, pastores de melancolías, arcángeles ebrios, excombatientes de la vida abucheando la veleidad de la Historia-vieja khalincha. Brujos y tahúnes, videntes y golfos del arrabal, apátridas desinflando las ínfulas del abolengo y, en la cúspide de la fanfarria, bardos desovillando los misterios de Dios.

Tal El Duende. Tal la facha de los que ignoran los dividendos y se dan a la feliz tarea de vivir los días con la intensidad y la urgencia que les murmura la intemperie. Herejes de las jerarquías, desdeñosos de las miserias del fasto, contritos a la hora

de aproximarse al abrevadero de la lumbre, punto en que rezuma su plenitud la vida.

Con sus artes en todas partes. Con su destino de hacer de cada instante un inocultable testimonio del tránsito. Marginales con los marginales. Armados con la mirada con que se trizan las reuniones sociales y con las manos

con que se purifica el amor y se limpian los ojos más allá de las felonías y la vejación de los cuerpos.

El Duende, la comparsa de las leches furiosas. El Duende, el carnaval que irrumpe el vacío enserpentinando al ocaso. El Duende con su duendera olor a khaa y misterios. El Duende, diablo, virgen o Dios estrafalario, loando por ti en la garita del Chiru-Chiru

Edwin Guzmán O.